se emborrachaba sin que él llegara á catarlo, se puso á silbar con furia, dando saltos y manotadas; y gritos, arañazos y mordiscos cuando le cogió el gallego y al patio le sacó en vilo, atándole á la cadena.

Otra vez, misia Estanisladita decía:

—Porque, ahora, á ésta le toca decidir: nosotros, chitón ¿verdad, Pepe? conque vamos, mujer, abre esa boca. Ya lo has oído: el sí ó el no dependen de tu capricho.

Gracia callaba; la misma voz queda y misteriosa, la de Sangil, hablaba nuevamente; y también misia Estanisladita, que indicó:

—Bueno será que nos vayamos á Las Piedras, y allí ésta tendrá tiempo de pensarlo y ocasión de decidirse. Eso, en Las Piedras.....

La interrumpió la llegada de Tanasio, que venía á encender el gas, y en abrir cada pico de la araña y frotar cada cerilla se estuvo más tiempo.....

Los ojos verdes, entre tanto, pestañeaban, y en lo infinito hundían la mirada serena é imperturbable.

IV

Chisporroteaba el anafre alegremente, y en torno, avivando las áscuas, la negrita Lucrecia, como diablillo en las fraguas infernales, iba y venía; á veces, á riesgo de chamuscarse el morro, soplaba dentro, de rodillas sobre las losas del corredor, y á la blanda voz de misia Bernarda, que en el fondo de la habitación, ceñido el limpio delantal y delante de la mesa de pino, preparaba la carbonada para don Cayetano, respondía, sofocada por el humo:

—Sí, señora, cuando su mercé guste.

Acabó misia Bernarda de picar el trozo de lomo, echó en una cacerola hasta tres cucharadas de amarilla grasa de vaca y un chorrito de aceite puro de oliva, salió y la

colocó sobre las brasas; y de nuevo, hizo danzar el cuchillo, picando la rabiosa cebolla, el pimiento verde, el tomate y un dientecito de ajo, mientras advertía á Lucrecia:

—¡Basta de fuelle, hija, no soples más!

A poco empezó á chirriar la manteca, y la muchacha dió el grito de alarma.

—¡Señora, que se quema! si su mercé no viene pronto.....

—Allá voy—dijo misia Bernarda.

Cuando se puso á freir la hortaliza, se armó en la cacerola una zarabanda de mil demonios, y por el corredor derramáronse apetitosas emanaciones; entretanto, Lucrecia mondaba las patatas nuevas, no más grandes que avellanas, y revolviendo con la cuchara de madera, misia Bernarda daba órdenes.

—Lucrecia, la sal... el pimentón... la hojita de laurel... la carne... las *papas*...

Se colocó luego la cubierta, para que cociera á fuego lento, y la negrilla recibió el encargo de vigilar que no se quemara; mientras en el aguamanil de porcelana, que

colgaba en la pared, aseaba la señora sus manos con jabón oloroso.

—Hola, ¿ya estás aquí?—dijo al Nene que se asomaba á la puerta de aquella habitación, conocida fábrica de golosinas y productos culinarios de la genuina escuela criolla y exquisita.

El Nene, con el delantalito y la cara y las manos mas puercos que darse pueda, miraba silencioso á la cacerola, á Lucrecia y á la tía Bernarda.

—Yo *quielo*—rezongó.

—¡Uf! ¡caca!—exclamó la negra con simiesco gesto de repugnancia.

—¡Yo *quielo!*—chilló el niño—¡sí, sí, sí *quielo!*

Se precipitó sobre la cacerola, dispuesto á meter dentro la zarpita, y como intentara sujetarle Lucrecia, dióle en las aplastadas narices un sopapo; pero ya misia Bernarda acudía, le cogía en brazos, le disuadía con reflexiones y con mimos:

—Si no es dulce, tonto, es carne cruda, cosa fea... luego la tía hará para el Nene

una papa muy rica... vamos, pobrecito mío, no llores.

El chico pataleaba rabiosamente.

—¡Yo *quielo*, yo *quielo*, yo *quielo!*

A los gritos vino Ubaldina.

—Nada—dijo misia Bernarda—¡que se ha empeñado en que ha de probar de la carbonada, figúrate!

—¡Jesús, qué niño!—exclamó la madre.

Se lo llevó, sobándole y dándole besos, mientras él soltaba coces y alaridos.

Quedóse Lucrecia llorosa, palpándose las castigadas narices, y misia Bernarda le decía:

—Anda á sorber un poquito de agua fresca y vuelves.

Levantó la cubierta y el gratísimo aroma del guisado escapóse, cosquilleando deliciosamente el olfato; la señora metía la espátula y revolvía, revolvía.....

—¡Ah! oye, Lucrecia—añadió—y me traes luz, que se hace de noche.

Otra vez cubrió la cacerola, y el roncar

del vapor y el temblorcillo de la tapa formaban regocijado dúo.

Desde lo alto de la escalerilla, con el sombrero puesto, pronto para salir, Tobi saludó:

—Buenas tardes, tía Bernarda, maestra eximia en el arte de la repostería...¡este perfume suculento alegra los corazones! ¿A santo de qué se pagan cocineras y galopines en esta casa? Famoso gusto el del tío Tano, que no quiere otros manjares que los que son obra y gracia de esas manos privilegiadas.

—Baja, burlón, baja—decía la señora riéndose.

El joven bajó, acercóse á destapar la cacerola y husmeando con fingida gazuza:

—¿Carbonadita tenemos? ¡muy señora mía y de mi más distinguida consideración!

—¿Vas á salir antes de comer?—preguntóle misia Bernarda.

—No, pero sí después... al *Fomento*, como todas las noches.

—¡Al *Fomento!*—exclamó suspirando la

señora—pero, ¿qué es lo que fomentáis vosotros? porque, francamente, no veo yo los resultados.

—¿También usted, tía?—dijo Tobi con amargura.

Misia Bernarda se excusó, poniendo por testigos á todos los santos y santas del cielo de que era ella la primera convertida á la doctrina artística, pero cuanto más abría los ojos, menos veía; y acabó por echarle su bromita usual.

—Te digo que más valdría que pusieras un *puesto*, aquí cerca, en el Mercado del Centro, de salchichas y butifarras, por ejemplo.

—Sí, sí—murmuró Tobi—al paso que voy... lo pondremos juntos, tía.

—Vaya.

Tobi, muy serio y tristemente, continuó:

—¡Seguramente que más valdría! ¿Ve usted? mi *Ninfa*, la obra en que he empleado más de un año de trabajo y en que cifro mi esperanza de romper el hielo de la indiferencia y salir de la obscuridad, está al ter-

minar... Pues, no sé, tengo miedo de escollar, de que no la comprendan, de que no la miren siquiera. Mi año de trabajo, mi obra, mis esperanzas, todo perdido! y comenzar de nuevo.....

—Bien—dijo misia Bernarda suavemente—pero entretanto?.....

—¡Ay, tiene usted razón, tía! Entretanto, moriré de hambre ó viviré del favor ajeno, á costa de padres y tíos bondadosos; ser hombres de barba y estar sujetos como chiquillos. ¡Si á veces lloro de rabia y de vergüenza! porque me parece, nó sé, me parece (*bajando la voz*) que el desdén de mi padre aumenta cada día, que lo que me da ¡desgraciado de mí! me lo da á regañadientes, como una limosna concedida á pobre porfiado y fastidioso. No, no proteste usted, ni le dé vueltas; ¿soy yo ciego? ¿acaso ha puesto tata jamás los pies en mi taller? ¿no se ríe con socarronería siempre que oye hablar de arte? y esta mañana ¿sabe usted? que se marchó á Las Piedras con Nico para el remate en la *estanzuela* de don Salus-

tiano, dijo de modo que yo pude oirle: —Vamos, hijo, Cirineo mío... ¡Cirineo! ¡Cirineo!! ¿qué quiso decir con esto? sino: —Vamos, hijo, tú que me ayudas á llevar la cruz de esta casa, á sostener el peso de la familia, mientras otros zánganos que yo me sé comen y engordan con nuestro trabajo...

Misia Bernarda, turbadísima, metía la espátula en la cacerola.

—¡Cosas de Nicolás y aprensiones tuyas! ¡Bah! Ya estoy arrepentida de haberte dado pie: al momento te disparas; lo que Nicolás desearía, y en esto demuestra lo mucho que de ti se preocupa, es que, sin abandonar tus ideales ni tu escultura, emplearas el tiempo en algo más práctico. Buenos Aires es una colmena enorme, donde el trabajo pasa por ley, y el tuyo no resulta, porque no da de comer, al menos por ahora; ¿por qué no buscas un empleíto cualquiera, para poder decir: tengo mi mesada, ya cuento con algo para ir tirando?

—Porque perdería mis mejores horas.

¿Ganará más el país aprisionado yo en una oficina, que, libre, dedicando todo mi tiempo y todos mis esfuerzos al arte nacional?

—El país no, pero tú sí, y lo primero es lo primero... ¡Vaya por Dios, se me pegó la carbonada! ¡Lucrecia, Lucrecia!

Apareció la muchacha con la luz, y á misia Bernarda figurósele que en los ojos de Tobi brillaban lágrimas. Apoyado en el marco de la puerta, él se esforzaba por contenerlas, seguramente. ¡Ay, y cómo se afligió con esto la excelente señora! y más cuando le oyó que decía:

—Resuelto estoy á no vivir de limosnas... daré lecciones de dibujo, venderé *terra-cotas* baratas, si es preciso iré yo mismo por esas calles pregonándolas...

Cabizbajo, se perdió en las sombras del corredor, y misia Bernarda, sin cuidarse de la carbonada, llamábale con *chist chist* angustiosos.

—Tobi, hijo mío, escucha, ven... ¡sobre todo, no vayas á contar esos disparates á Cayetano!

Después de comer y del obligado ratito de palique con el clérigo, salió Tobi y emprendió pausadamente el camino que acostumbraba cada noche: el trozo de la calle de Bolivar, la plaza de la Victoria, que ahora llaman de Mayo, la calle de San Martín hasta la de Cuyo, y por la de Cuyo dos *cuadras* hacia el Oeste. Tal como el labrador que, encorvado sobre la azada, el seno generoso de la madre tierra cultiva desde el alba á la tarde, y cuando el sol se pone, fatigado junto al hogar busca el descanso, la gran ciudad reposaba; temprano aún, las ocho apenas, los transeuntes eran escasos: se escuchaba el cascabeleo alegre de los tranvías descubiertos; las *jardineras* cuajadas de gente, ávida de respirar, vistosamente matizadas de sombreros de paja y trajes de colores claros, deslizábanse rasando los bordes de las aceras, ensordeciendo los oídos con el furioso tocar de los destemplados cuernos.

Comúnmente, este trayecto recorríalo Tobi sin mirar ni ocuparse de cuanto á su

alrededor pasaba; y así, no es de extrañar que mientras los pies, con mecánica regularidad, seguían el acostumbrado camino, y la imaginación en vuelos y revuelos de aturdida golondrina se entretenía, diera el cuerpo con otro, que por las gradas de la puerta traviesa de la Catedral bajaba. Era Leonardo Samos, el gran Leonardo, como le decían, no sé si por sus largas piernas ó el poder de su espíritu, mozallón arrogante, pintor y fundador del centro en que todos cobijaban sus ideales, como bajo la campana de cristal se abriga el retoño delicado; pobre, sujeto á un empleo mezquino, con mujer é hijos.

Gastaba crecida barba y era ojizarco, de mirar extraño, en que, tan pronto le animara el calor de la conversación, advertíase cierta punta de extravío. Tobi le reconoció y estrechóle afectuosamente la mano. Él, sobre el último tramo de la escalinata, se erguía como un gigantazo soberbio. Y reteniendo la mano de Tobi, levantaba la otra con un gesto desesperado.

—¡Que sea Buenos Aires tan grande—exclamó—y no haya aire bastante para nosotros! ¡Me ahogo, me ahogo!

—Pues no es flojo el calor que hace—dijo Tobi.

—¿Ves?—continuó el gran Leonardo—salgo de la iglesia: al pasar oí acordes de harmonio, y el harmonio á mí me remueve hasta las mismas entrañas, y si es de noche y suena en un templo y estoy yo triste, me entra el arrechucho de contar á Dios lo que los simples mortales no comprenden. No sé cuánto tiempo he estado ahí dentro, no sé...

Suspiró, enlazó su brazo al de Tobi, y dijo:

—Vamos al *Fomento*.

Andando, tras breve silencio, repuso:

—¡Soñé anoche una cosa más rara! que me daba de bofetadas con este dios Mercurio, patrono de la ciudad, y luego de derribarle, con su propio caduceo le propinaba la gran paliza del siglo. Dice mi pobre mujer que soltaba unas voces formidables: ¡Toma, ladrón; toma, tunante! Yo no me

acuerdo sino que le arrebaté también el casco alado y lo abollé con rabia. ¡El arte venciendo al comercio! Bonito sujeto para una gran pintura mural ó un plafón al fresco. ¿No te ha ocurrido á ti, desgraciado amigo mío, yendo por estas calles, á la hora álgida del trajín comercial, que la cólera te asalta y te sofoca ante el desfile de gentes llevadas por el demonio del lucro, jadeantes, y tanto carro, tanta pipa, tanto saco, tanta caja, y unos que cargan, otros que descargan, y los que compran, y los que venden, absortos todos en la miserable idea de la ganancia?.... ¿Y no te ha ocurrido también que, como virgen pudorosa que el mirar lascivo ofende, porque el alma delicada no padezca del roce brutal y áspero, huyes buscando la soledad y la sombra y el silencio? ¡El comercio es la riqueza! ¿quién lo duda? pero el arte civiliza, el arte ennoblece! Si no fuera enemigo de citas cursis y de metáforas, aquí venía de perilla aquello de Anfión y su lira, á cuyos dulces sones las piedras se movían, y unas sobre otras iban

colocándose para formar los muros de Tebas. Pues yo digo y repito que un país que no lee, que no se ocupa del arte... ¡bah! recuerdo bien la frase de tu tío don Cayetano, hombre que mucho vale y entendido en toda clase de conocimientos: «La América echa actualmente las bases de su prosperidad y de su futura grandeza, y avara de su tiempo, no puede malgastarlo en más gratas distracciones.» Y continúa tu señor tío: «Es el cultivador y el albañil, el obrero infatigable, que no descansa mientras el techo de la propia morada no esté cubierto y madura la cosecha.» O más claro: El país no está para artes y letras, porque se ocupa ahora de su estómago. Vosotros los que habéis nacido artistas, los ungidos con el óleo santo, los que sentís el dedo divino sobre vuestras frentes, idos á cavar tierra, á cuidar ovejas, á sembrar trigo. El país está muy ocupado y muy preocupado. ¡La ley del estómago! Pues digo..... ¡Bueno está el país *para malgastar su tiempo en más gratas distracciones!* ¡Ya lo creo! Más grato

que preparar el cocido y comerlo á boca llena, no será para señor tan hambrón y materialista la satisfacción del gusto estético. Seguramente que el gran padre Mártir, cuando se dejó decir lo apuntado en un folleto que duerme la larga siesta de la indiferencia en alguna librería de viejo, no pensaba ni soñaba siquiera que había de salirle un sobrino más aficionado á esas *gratas distracciones*, que á hacer de mercachifle. Pero señor, ¿qué pitos tocamos nosotros entonces en esta Babel?

Se paró, sacudió el brazo de Tobías, y en el silencio de la calle resonó su voz varonil:

—Somos unos parias, ¿entiendes?

Y más bajo, con amargura:

—*¡Atorrantes, atorrantes!*

Hacía silbar las erres entre los dientes. Luego se calló, y durante un buen trecho no soltó palabra, abstraído. Tobi le preguntó:

—¿Y tu cuadro? ¿acabas pronto el *San Martín?*

—¡Acabarlo!—contestó Leonardo.—¿para qué?

Ahí se estaba, ahí se estaría arrimada á la pared del taller, para pasto y asiento de moscas, arañas y cucarachas, la tela enorme, aquella página de historia gloriosa, *vivida* por él meses y meses: *El paso de los Andes*... porque el tiempo le venía corto para *malgastarlo* en trabajo que no le rendiría nada, cuando tenía que atender á su oficina de la Aduana y á la subsistencia de su familia. Ahora pintaba retratos á 25 y á 50 nacionales, según el tamaño. En algunas fotografías le daban tarjetas á iluminar, pagándole hasta 2 y 3 pesos por cada una. Con un aviso en *El Cotidiano*, logró pescar una jamona, que por adelgazarle las carnazas, rasgarle los ojos y vestirla de carnaval, le pagó 200 pesos. Pero éstos eran garbanzos de á libra. Y como la oficina sus mejores horas le comía, desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, pintaba á la carrera y poco menos que á obscuras, con la luz del alba ó la escasa vespertina. En cambio, los domingos y fiestas de guardar, que eran exclusivamente *suyos*, no

dejaba la paleta en todo el día, dedicado á mamarrachos de salida fácil, que no firmaba. Y siquiera alboreara la reacción, el nacimiento del arte fecundo y vigoroso...

—Vivo en continua fiebre—añadió el gran Leonardo—esperando ese algo que no llega, que no llegará tal vez; vueltos los ojos á Europa, que me deslumbra y atrae, como el faro al náufrago infeliz. ¡Europa, honores, riquezas... lucha también, pero lucha noble, y la palma de la victoria segura, como haya chispa en la mente y calor en el alma! No la derrota visible, el abismo cercano, á que empujándote van la indiferencia y la envidia. Tú, yo, Roberto Fontes, Simón Llano, todos los que con esta chifladura hemos salido, por desgracia, del vientre de nuestras madres, ¿no estamos convencidos acaso que luchamos en balde, y que moriremos al fin de lo que yo llamaría *inanición moral?* Mira, desengáñate: nacimos demasiado temprano, con un siglo de anticipación; aquí, ahora, y en toda la América, el arte como carrera es un gran

desatino, y cuando tu padre te lo dijo, su mucha razón tenía; como *distracción grata* pase, y eso le queda reservado á los ricos: así concibo yo que Fernando Hierro haga versos, por lujo. De modo, amigo mío, que no pudiendo imponer silencio á esta matraca que llevamos dentro (*golpeando la frente*) y considerados seres inútiles á la colectividad, como asegura el ilustre roñoso de don Salustiano Pozuelo, lo mejor, lo más práctico y lo más humanitario es darnos con la cabeza contra una esquina.

Tobi no chistó. Y el otro, pisando fuerte, con las manos en los bolsillos y el sombrero en la nuca, se volvía á interrogarle, bailándole los extraños ojos azules.

—Tengo razón ¿verdad? ¿sí ó no?

—Sí, tienes razón—contestó suspirando Tobi—pero... ¡quién sabe! ¡alguna ilusión me queda todavía!

—¡Ah! ya—exclamó Leonardo—¡tú confías en tu *Ninfa*... pobre amigo! Espera, que te lo dirán de misas. También Roberto...

Hablaron de Roberto Fontes. Otro des-

equilibrado, que pretendía diera peras el olmo. Para mantener á su madre, viuda, y costear sus estudios, entró como dependiente en una casa mayorista, de donde le despidieron á causa de que su aversión á los números le hacía enredar las cuentas; se metió luego en una farmacia, y trabucó substancias y á poco más se gradúa de sepulturero. Entonces se abandonó á su inclinación nativa, á su vocación irresistible, y dió forma plástica á sus sueños. ¡Pero había que comer, que vestir! y las estatuitas no producían nada. Hubo de solicitar un empleo del Gobierno, y de lástima le pusieron en Hacienda, donde estaba á matar con los condenados números. Cuando expuso el busto del general Ordenado, muy hermoso por cierto, que él imaginaba le sacara á la luz de la notoriedad, le maltrataron de tal modo dos cagatintas enemigos, que en la misma *Opinión* hallábanse emboscados, que la obra no mereció del público ni el favor de una ojeada caritativa. Así, las injusticias, los esfuerzos estériles, las ilusiones

muertas, tenían á Roberto envejecido y melancólico; era un talento abortado que no daría ya fruto, una víctima más del mercantilismo devorador.

¿Y Simón Llano? ese sí: un dichoso, que, gracias á la pensión del Gobierno y á sus recursos propios, se marchó á Europa, y logró saciar sus ánsias en los museos de París, de Londres, de Roma, de Madrid, de Munich. Luego tornó á la patria hecho un Bonnat, montó un taller elegantísimo y dijo al público: Servidor de usted. Pero el público no le hizo caso. La prensa se encogió de hombros. Y como el triste pajarillo que se asfixia en la máquina pneumática, al pobre Simón se le cayeron las alas y los pinceles...

—Ayer le encontré—dijo Leonardo—y me anunció su propósito decidido de marcharse al campo: ¡Voy á dedicarme á la cría de ganado de cerda! Le dí el pésame más sincero de mi vida. ¡Oh! ¡musa cruel, que así abandonas á tus elegidos!

Llegaron en esto á una casita modesta, desconchada y sin pintar, que ostentaba

entre las dos ventanas una chapa grande de cobre con este letrero: *El Fomento Artístico*. Y entraron, y al porrazo del llamador, vino un vejete patizambo á abrir la cancela de hierro, diciendo en gringo:

—*Buona sera, signori.*

El farol del patio, que un aljibe de mármol amarilloso en el centro decoraba, despedía luz opaca al través de los cristales nada limpios, y hacía brillar sobre cada puerta el dorado de los números romanos y de las letras que en tablillas de madera negra decían:—*Sala III. Del natural.—Sala IV. Modelado.—Sala V...* y así en contorno; honrando con el pomposo nombre de *salas* á piezas estrechas, mal alhajadas; ésta con sofá y sillones de gutapercha, y tal cual busto de dios pagano ó de artista célebre; aquélla con bancos de colegial y la serie de cartones en la pared representando manos, bocas, ojos, orejas, piernas, pies, narices y torsos de lado, de frente y de espaldas. Había una de espartana sencillez, con mesa-escritorio en el testero y muchas sillas en

redor, que servía, según el rótulo de la puerta, para la *Junta Directiva*. Pero la de la calle era amplia, siempre dentro de los términos relativos de la comparación, y parecía museo y sala de lectura, por la mesa larga, sobre la cual dormían los periódicos revueltos, y las copias en yeso y al óleo que paredes y rincones ocupaban: la *Venus de Milo;* el *Apolo de Belvedere*; el *Laocoonte*, alguna virgen de Murillo, un enano de Velázquez, un santo de Ribera, el *San Miguel*, de Rafael, la *Joconda*, la *Salomé* y otras que ha vulgarizado la fama. En todas estas salas ardía el gas, pero no había un alma.

Sí había una en la de la *Junta Directiva*, tormentosa y llena de pesadumbre, á juzgar por la desmayada actitud del cuerpo, plegado en dos sobre la silla y junto á la mesa, en la que el brazo se alargaba con un cigarrillo entre los dedos ociosos; sumida la barba en la pechera, de su cara no se distinguía sino el pronunciado caballete de la nariz, la frente, que la profunda reflexión

arrugaba, y la prematura calva en medio de guedejas negrísimas. No se movió cuando los otros entraron, y el gran Leonardo hubo de saludarle con un:—¡Hola, Roberto, buenas noches! para que lentamente alzara un poco la cabeza, moviera los ojos indiferentes, y estremecieran sus labios una palabra y un suspiro. Luego chupó el apagado cigarrillo, y lo dejó caer en la puerca escupidera.

Familiarmente, Tobi le palmeó sobre los hombros:

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿se puede saber?

—Pues nada—contestó Roberto Fontes—que hoy he sido destituído.

—¿Destituído?—exclamaron á la vez Tobi y el gran Leonardo.

—Destituído, sí señores, por razones de mejor servicio.

Los dos jóvenes, sinceramente consternados, le miraban, no encontrando palabra apropiada con que expresar su disgusto; y él continuó pausadamente: